Ciclo C

María, la llena de amor

Domingo 5 de Pascua

Juan 13, 31-33a. 34-35: Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros

Cuando salió, dice Jesús: Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo y le glorificará pronto. Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y, lo mismo que les dije a los judíos, que adonde yo voy, vosotros no podéis venir, os digo también ahora a vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.

Reflexión

1. Dentro del discurso de despedida, en el Evangelio de hoy Jesús les da a sus discípulos el mandamiento nuevo: amarse mutuamente como Él les ha amado. Es como su testamento. Resume en pocas palabras todo lo que les ha dicho a lo largo de tres años. La ley judía tenía más de 600 mandamientos. Jesús les impone a los suyos un sólo mandamiento: el amor.

Se trata de un amor nuevo, porque se fundamenta en otro motivo y se regula por otra medida que el del Antiguo Testamento. El amor judío se basaba en la esperanza de la recompensa, en la igualdad de la sangre, en la necesidad de la convivencia. El amor cristiano se fundamenta simplemente en que Jesús nos ha amado y no tiene otra medida que el modo en que Jesús nos ha amado: es decir, será sin medida.

Este amor no puede brotar sólo del hombre. Un hombre no es capaz de amar así. Un amor tan intenso y de tal calidad sólo puede venir de lo alto. Es un amor que nos ha sido dado. Es Dios entrando en el hombre, amando en el hombre. Es un amor que sin Jesús no sería posible y ni siquiera conocido.

Y ese amor verdadero es el distintivo, el único distintivo de los cristianos: *"La señal por la que conocerán que sois discípulos míos será que os améis unos a otros "*, nos dice Jesús en el Evangelio de hoy.

Y San Agustín lo explica con absoluta claridad: *"Es la caridad la que distingue a los hijos de Dios de los hijos del diablo. Podrán todos signarse con el signo de la cruz de Cristo, responder todos ´Amén´, cantar todos ´aleluya´, hacerse bautizar, entrar en las iglesias, edificar basílicas: los hijos de Dios no se distinguen de los hijos del diablo más que por la caridad. Si te falta esto, todo el resto no te sirve para nada."*

La Iglesia es, por eso, una comunidad de miembros unidos entre sí por el amor. Una Iglesia de los que no se aman, no es una Iglesia de Cristo. Una Iglesia sin amor sería simplemente una gran mentira, una gran farsa.

Aquí tal vez a todos nos vendría bien hacer un examen de conciencia y preguntarnos: ¿Cómo andamos nosotros con el amor a los demás? ¿En qué medida lo vivimos frente a los más cercanos: cónyuge, hijos, hermanos, compañeros? ¿Ellos pueden reconocernos por nuestro amor, como auténticos discípulos del Señor?

2. El primer título que el Evangelio le asigna a María es el de "llena de gracia". Haber hallado gracia ante Dios, significa haber sido "agraciado" por sus dones: por esos dones que Él reparte por pura bondad suya.

Y estos dones son en el fondo uno sólo: su amor. "Llena de gracia" quiere decir, entonces "llena de amor".

Creo que a todos nos haría bien renovar nuestro amor mirando a un modelo atrayente. Y este modelo podría ser la Sma. Virgen.

María es la mujer llena de amor. Su vida comprueba que eso es cierto. Porque lo que más caracteriza su vida, es que Ella vive en plena comunión de amor no sólo con Dios, sino también con los hombres. Así aparece la Virgen desde las primeras escenas del Evangelio. Vive ligada por hondos lazos de amor a personas concretas: a José, a Jesús, a Isabel y Zacarías, a los novios de Caná, a los discípulos de su Hijo. En la Anunciación esta comunión de amor se extiende a la humanidad entera: pues María acepta ser Madre del Mesías, el Salvador de todos los hombres.

3. El Señor estuvo siempre con María. Desde el mismo instante en que ella fue concebida, la llenó de su gracia y de su amor. Por eso María es también "la Inmaculada", la sin pecado. Pero el pecado es el "no" del hombre al amor, y eso jamás tuvo cabida en su corazón.

Pecar es decir no a los dos mandamientos fundamentales del evangelio: al amor a Dios y al amor al prójimo. Es negarse a ser hijos y a ser hermanos. Es romper la comunión hacia arriba y hacia los lados, aislándose y replegándose en el propio yo, en su orgullo, en su egoísmo, ambición o vanidad.

4. La salvación de Jesucristo – tal como resplandece en María – comienza por la liberación del pecado, y el retorno a la comunión en el amor. Lo decisivo es el primer momento, que transcurre en el interior del corazón humano: la apertura al amor, la victoria sobre el egoísmo y el orgullo. El que se ha decidido en su corazón por el amor, por vivir en comunión con Dios y con los hombres, ése ya está salvado. Ese ya está liberado: liberado de la soledad, de la angustia, de la amargura y la autodestrucción que produce el encierro en el propio yo.

Pero la salvación y esa comunión deben crecer, deben proyectarse más allá del puro corazón. Etapa final de este proceso será el cielo. Allí también nuestro cuerpo estará liberado para siempre de los efectos del pecado: del dolor, la enfermedad y la muerte.

5. Por su actitud, María nos enseña que el amor impulsa a ser solidarios y a compartir. Ella comparte su vida y sus bienes con José. Comparte con Jesús su misión. Con Isabel, sus quehaceres domésticos. Con los novios de Cana, su preocupación. Su amor se ha ido convirtiendo en comunión de vida y de bienes, en comunión de destinos y tareas, en comunión en la alegría y en la aflicción.

Por ser Madre, María posee un carisma, un don especial para unir los corazones y abrirlos al amor, para hacernos hermanos. Ella quiere hacernos comprender que toda la felicidad del Evangelio de su Hijo se resume en estas simples palabras: **vivir en comunión con Dios y con los demás.**

Y María quiere también enviarnos a crear en el país un ambiente de unidad y de amor. Nos pide crearlo, cultivarlo y perfeccionarlo permanentemente en nuestros hogares, nuestros lugares de trabajo, nuestros barrios y nuestros grupos. Y nos invita, a la vez, a construir todos juntos una sociedad más solidaria y manifestarlo en ayuda real a los que sufren, a los que dependen de nosotros y a los que se acercan a nosotros.

6. Queridos hermanos, pidámosle por eso a la Sma. Virgen que nos ayude a liberarnos de todo lo que - en el corazón de cada uno - se opone al amor. Que nos dé fuerzas para vencer en nosotros mismos el pecado y el egoísmo, que nos separan de los demás y destruyen la unidad. Que María abra nuestros corazones al amor, a la comunión con Dios y con los hermanos, tal como Jesús lo enseñó y vivió.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt